Breviarios

es congénito a la naturaleza humana ha cambiado poco durante cientos de miles de años, pero lo congénito constituye sólo una pequeña parte de la estructura mental del ser humano moderno. No quisiera que nadie infiriese de lo que he dicho que en un mundo sin guerras tendría necesariamente que haber una sensación de frustración de los instintos. Suecia no ha estado en guerra desde 1814, es decir, durante un periodo de cuatro generaciones, pero no creo que nadie pueda sostener que los suecos hayan sufrido en su vida instintiva como consecuencia de esta inmunidad. Si la humanidad logra abolir la guerra, no debería ser muy difícil encontrar otros escapes para el afán de aventuras y peligros. Los antiguos, que en un tiempo sirvieron para un fin biológico, ya no sirven y, por lo tanto, es necesario hallar escapes nuevos. Pero no hay nada en la naturaleza humana que nos obligue a conformarnos con un estado de salvajismo prolongado. Nuestros impulsos menos serenos son peligrosos únicamente cuando son negados o incomprendidos. Cuando este error se evita, el problema de acoplarlos a un buen sistema social puede resolverse con ayuda de la inteligencia y de la buena voluntad.

III

LA FUNCIÓN DE LA INDIVIDUALIDAD

En este capítulo me propongo examinar las influencias, tanto benéficas como perniciosas, de los impulsos y deseos que sienten, no todos, pero sí algunos de los miembros de la comunidad. En una comunidad primitiva estos impulsos y deseos alcanzan poca importancia. La caza y la guerra son actividades en las que un hombre puede tener más éxito que otro, pero en las que todos persiguen un fin común. Mientras las actividades espontáneas de un hombre son de tal naturaleza que toda la tribu las acepta y las comparte, su iniciativa apenas encuentra oposición entre los otros miembros, y hasta sus actos más espontáneos se adaptan a las normas de conducta establecidas. Pero a medida que el hombre se civiliza empiezan a manifestarse diferencias cada vez mayores entre las actividades de los componentes de la comunidad, y, si ésta ha de prosperar, es necesario que cierto número de individuos disienta del criterio general. Casi todos los adelantos artísticos, morales e intelectuales, se deben a esa clase de individuos, que constituyen un factor decisivo en la transición de la barbarie a la civilización. Si una comunidad ha de progresar, necesita personas excepcionales cuyas actividades, aunque útiles, no sean de las que se consideran como corrientes. En las sociedades mejor organizadas existe siempre la tendencia a entorpecer indebidamente las actividades de dichas personas, pero, por otra par-

te, si la comunidad no ejerce ninguna vigilancia, la misma iniciativa individual que puede producir a un valioso innovador puede también producir a un criminal. El problema, como todos los que nos afectan, es un problema de equilibrio. La excesiva falta de libertad trae consigo el estancamiento, y la libertad excesiva, el caos.

Son muchas las maneras en que un individuo llega a diferir de la generalidad de los miembros de su comunidad. Puede ser excepcionalmente anárquico o criminal, puede estar dotado de un raro talento artístico, puede tener lo que, con el tiempo, llegue a ser reconocido como una nueva concepción religiosa o moral, y puede haber sido favorecido con una capacidad intelectual extraordinaria. Parece ser que desde tiempos remotos en la historia humana ha debido de haber cierta diferenciación de funciones. Las pinturas ejecutadas en las cuevas de los Pirineos por los hombres de la edad de piedra tienen un gran mérito artístico, y es difícil suponer que todos los hombres de aquella época fueran capaces de realizar un trabajo tan admirable. Parece mucho más probable que a veces se permitiera, a los que demostraban talento artístico, quedarse en la vivienda pintando mientras el resto de la tribu se dedicaba a la caza. En épocas muy primitivas debió ya de elegirse al jefe y al sacerdote por sus excelencias peculiares, reales o supuestos: los hechiceros tenían poderes mágicos, y en el jefe se encontraba encarnado, en cierto sentido, el espíritu de la tribu. Pero desde los tiempos más remotos ha habido una tendencia a convertir en institución toda actividad de este género. El caudillaje se hizo pronto

hereditario, los hechiceros formaron una casta aparte, y los bardos consagrados se transformaron en los prototipos de nuestros poetas laureados. Para las comunidades siempre ha sido difícil reconocer que aquellos que demuestran aptitudes para realizar el tipo de contribución excepcional a que me refiero, tienen necesariamente que mostrar ciertas cualidades de independencia respecto a la comunidad, y una sujeción a extraños impulsos cuya utilidad no siempre resulta evidente para todos.

En este capítulo me propongo considerar, tanto a través de la historia como en los tiempos presentes, la relación que existe entre la comunidad y el hombre excepcional, así como las condiciones convenientes para que sus méritos sean socialmente provechosos. Examinaré este problema, en primer lugar, en su aspecto artístico, después en el religioso y en el moral, y, por último, en el científico.

En nuestros tiempos el artista no desempeña en la vida pública un papel ni con mucho tan vital como el cumplido en épocas anteriores. Hoy en día existe la tendencia a despreciar a los bardos de la corte y a imaginar que un poeta ha de ser un ente solitario que proclama algo que los filisteos no desean oír. En otros tiempos las cosas eran muy diferentes; Homero, Virgilio y Shakespeare fueron poetas de la corte, cantaron las glorias de su tribu y las nobles tradiciones. (Respecto a Shakespeare, tengo que confesar que esto sólo es verdad en parte, pero que indudablemente puede aplicarse a sus dramas históricos.) Los bardos galeses mantuvieron vivas las glorias del Rey Arturo, glorias que fueron ensalzadas más

tarde por escritores ingleses y franceses a los que el Rey Enrique II estimuló por razones imperialistas. Las glorias del Partenón y de las cátedras medievales estuvieron íntimamente ligadas con fines públicos. La música, aunque desempeñara su papel en los galanteos, se usaba principalmente para estimular el valor en las batallas, fin al cual, según Platón, debiera estar limitada por la ley. Pero en el mundo moderno han desaparecido estas antiguas glorias del artista, salvo en el caso del gaitero de los regimientos escoceses. Honramos todavía al artista, pero lo aislamos; consideramos el arte como algo separado, no como elemento integrante de la vida de la comunidad. Sólo el arquitecto, porque su faena sirve a un propósito utilitario, conserva algo del antiguo prestigio del artista.

La decadencia del arte en nuestra época no se debe, únicamente, a que la función social del artista no sea ya tan importante como en tiempos pasados; se debe, también, a que ya no se da importancia a la capacidad para disfrutar de un placer espontáneo. Entre los pueblos relativamente ingenuos todavía florecen la música y los bailes populares y muchos hombres que tienen algo de poetas. Pero a medida que el hombre se industrializa y se hace más metódico, ya no puede experimentar esos placeres espontáneos de que se goza en la infancia, porque siempre está pensando en "lo venidero" y no se entrega al momento presente. De los hábitos del intelecto, el más funesto para el logro de cualquier clase de excelencia estética es este hábito de estar siempre pensando en "lo venidero", y si el arte perdura como algo importante no será porque se funden pomposas academias, sino porque se

recobre la capacidad para sentir hondamente las alegrías y las penas, capacidad que la prudencia y la previsión han destruido casi por completo.

Los hombres que suelen reconocerse como los grandes de la humanidad han sido innovadores en religión y en moral. A pesar de la admiración que se les ha otorgado en épocas posteriores, la vida de casi todos fue, en menor o mayor grado, un conflicto constante con sus comunidades. Los avances morales se han debido, principalmente, a protestas contra costumbres crueles y a esfuerzos por extender la compasión de los hombres. En Grecia los sacrificios humanos desaparecieron a principios de la época histórica. Los estoicos enseñaron que había que sentir piedad, no sólo por los griegos libres, sino también por los bárbaros y los esclavos, por la humanidad en general. El budismo y el cristianismo propagaron una doctrina similar. La religión, que originalmente había formado parte del mecanismo de cohesión de la tribu, al promover conflictos en el exterior al mismo tiempo que fomentaba la cooperación en el interior, adquirió un carácter más universal, y procuró trascender los estrechos límites establecidos por la moral primitiva. No es extraño que los innovadores religiosos fueran execrados en su época, puesto que trataron de privar a los hombres de la alegría de las batallas y de las salvajes delicias de la venganza. Se empezó a sostener que la ferocidad primitiva, considerada anteriormente como una virtud, era un pecado, y surgió un profundo dualismo entre la moral y la vida de los impulsos —o más bien entre la moral que enseñaban aquellos en los que el impulso huma-

nitario era más fuerte, y la moral tradicional preferida por los que eran incapaces de sentir simpatía fuera de su propia comunidad.

Los innovadores religiosos y morales han ejercido una influencia enorme sobre la vida humana, aunque no siempre, hay que confesarlo, la que se habían propuesto; pero por regla general ha sido muy provechosa. Es cierto que en el siglo actual hemos visto en muchos sitios una pérdida de valores morales que considerábamos bastante seguros, pero es de esperar que este retroceso no dure. Debemos a los innovadores que primero intentaron hacer de la moral algo universal y no una cuestión meramente de tribu, que se haya llegado a desaprobar la esclavitud, a despertar un sentimiento del deber hacia los prisioneros de guerra, y a poner un límite a la autoridad de los esposos y de los padres, y al reconocimiento, aunque sea imperfecto, de que no se debe explotar a las razas sojuzgadas en beneficio de sus conquistadores. Sin embargo, hay que admitir que el recrudecimiento de la antigua ferocidad ha puesto en peligro estos progresos morales, pero no creo que llegue a perderse para la humanidad el avance ético que han representado.

Aunque la mayor parte de los profetas y de los sabios que iniciaron este progreso moral no recibió en vida los honores merecidos, pudo, sin embargo, realizar su trabajo sin entorpecimientos. En un Estado totalitario moderno las cosas están peor de lo que estaban en los tiempos de Sócrates o en la época de los Evangelios. En un Estado totalitario, a un innovador cuyas ideas no sean del agrado del gobierno, no sólo se le condena a muerte, accidente ante el cual

puede permanecer indiferente un hombre valeroso, sino que se le impide en absoluto dar a conocer su doctrina. En semejantes comunidades las innovaciones solamente pueden venir del gobierno y no es probable que el gobierno, como tampoco lo hizo en tiempos pasados, apruebe nada contrario a sus propios intereses inmediatos. En un Estado totalitario acontecimientos como la aparición del budismo o del cristianismo son casi imposibles y, por muy grande que sea su heroísmo, un reformador moral no podrá ejercer influencia alguna. Es un hecho nuevo en la historia humana, que se debe al gran aumento del control de los individuos que ha hecho posible la técnica moderna de gobierno. Es un hecho muy grave que demuestra lo funesto que es un régimen totalitario para todo progreso moral.

Hoy día, si un individuo de dotes excepcionales se dedica al arte o a la reforma religiosa o moral, tiene pocas esperanzas de llegar a hacer una carrera tan brillante o a ejercer una influencia social tan grande como en tiempos pasados. Sin embargo, todavía se le ofrecen cuatro carreras; puede llegar a ser un gran dirigente político, como Lenin; puede adquirir un poder industrial inmenso, como Rockefeller; puede transformar el mundo con descubrimientos científicos, como lo están haciendo los investigadores del átomo; o, finalmente, si no tiene la capacidad necesaria para ninguna de estas carreras, o si no se le ofrece la oportunidad, su energía, a falta de otra salida, puede arrastrarle a una vida de crimen. Los criminales, en el sentido legal, rara vez ejercen una gran influencia en el curso de la historia, y, por lo tanto, un hombre

demasiado ambicioso, si le es posible, escogerá otra carrera.

El encumbramiento de los hombres de ciencia a una posición eminente en el Estado es un fenómeno moderno. Lo mismo que otros innovadores tuvieron que sostener una penosa lucha hasta lograr que se les reconociera; unos fueron desterrados, otros perecieron en la hoguera, se encerró a otros cuantos en mazmorras, y a los más afortunados no se les hizo más que quemarles los libros. Pero poco a poco empezó a comprenderse que sus descubrimientos podían poner una fuerza inmensa en manos del gobierno. Los revolucionarios franceses, después de cometer el error de guillotinar a Lavoisier, emplearon a los colegas que le sobrevivieron en la manufactura de explosivos. En la guerra moderna todos los gobiernos civilizados han reconocido que los hombres de ciencia son los ciudadanos más útiles, siempre que se les pueda domesticar e inducir a poner sus servicios a disposición de un solo gobierno más bien que de la humanidad.

Lo mismo para el bien que para el mal, casi todo lo que caracteriza a nuestra época se debe a la ciencia. En la vida diaria disfrutamos de luz eléctrica, de la radio y del cine. En la industria utilizamos máquinas y energía que debemos a la ciencia. Gracias al aumento en el rendimiento del trabajo podemos dedicar ahora una porción mayor de nuestras energías a las guerras y a los preparativos para las guerras, y también permitir que los jóvenes permanezcan en la escuela más tiempo del que antes permanecían. Debido a la ciencia podemos, por medio de la prensa y la radio, diseminar noticias tanto verdaderas como

equívocas, virtualmente a todo el mundo. Gracias a la ciencia podemos impedir, con mucha más eficacia que antes, que se escapen las personas no gratas al gobierno. Todo lo que constituye nuestra vida diaria y nuestra organización social es lo que es gracias a la ciencia. Hoy día, esta vasta creación es sostenida por el Estado, pero en un principio se desarrolló en oposición al mismo, y donde, como en Rusia, ha retornado a un modelo anterior, volvería a aparecer de nuevo la antigua oposición si el Estado no fuera omnipotente hasta un grado no soñado por los tiranos de edades pretéritas.

La oposición a la ciencia en el pasado no es nada sorprendente. Los hombres de ciencia afirmaron cosas que se oponían a lo que todo el mundo creía; desbarataron las ideas preconcebidas y, por tanto, se les tachó de irreverentes. Anaxágoras enseñaba que el sol era una piedra al rojo vivo y que la luna estaba hecha de tierra. Por esta impiedad fue desterrado de Atenas, pues ¿no se sabía a ciencia cierta que el sol era un dios y la luna una diosa? Las ciencias llegaron a ser toleradas hasta cierto punto sólo gracias al dominio que proporcionaban sobre las fuerzas naturales, y así y todo el proceso fue muy lento, porque al principio se atribuía su poder a la magia.

Nada tendría de sorprendente que, en la actualidad, se produjera un violento movimiento anticientífico con motivo de los peligros que para la vida humana suponen las bombas atómicas y los que podrían resultar de la guerra bacteriológica. Pero cualquiera que sea la actitud que las personas puedan adoptar frente a estos horrores, no osarán volverse contra los

hombres de ciencia mientras exista la probabilidad de la guerra, porque si uno de los dos lados dispusiera de ellos y el otro no, es casi seguro que ganaría el que contara con el apoyo de la ciencia.

La ciencia, en cuanto es conocimiento, debe considerarse valiosa, pero en cuanto es técnica, la cuestión de si ha de ser ensalzada o reprobada depende del empleo que de ella se haga. En sí misma es neutral, ni buena ni mala, y cualquier parecer definitivo que podamos tener acerca de lo que presta valor a esto o aquello debe provenir de alguna fuente que no sea la ciencia.

A pesar de la profunda influencia que ejercen en la vida moderna los hombres de ciencia, son, en muchos aspectos, menos poderosos que los políticos. Hoy día los políticos tienen más influencia de la que jamás tuvieron en ninguna otra época de la historia de la humanidad. Su relación con los hombres de ciencia es como la de los magos de *Las mil y una noches* con los duendecillos. El duende hace cosas asombrosas que el mago no podría hacer sin su ayuda; pero las hace sólo porque se le dice que las haga, no obedeciendo a un impulso propio. Así ocurre hoy con los investigadores de la energía atómica; un gobierno se apodera de ellos en sus hogares o en alta mar, y los pone a trabajar, esclavos, según el azar de su captura, de un lado o del otro. El político, cuando triunfa, no está sujeto a semejante coerción. La carrera más asombrosa de nuestros tiempos ha sido la de Lenin. Después de la ejecución de su hermano por el gobierno zarista, pasó siete años en la pobreza y en el destierro, y de pronto, en unos cuantos meses,

llegó a dominar uno de los estados más grandes. Y este dominio no fue como el de Jerjes o César, meramente el poder de disfrutar del lujo y de la adulación, que de no haber existido él cualquier otro hombre hubiera disfrutado. Fue el poder de moldear un vasto país conforme a un plan concebido en su mente, de alterar la vida de todos los trabajadores, de todos los campesinos y de todas las personas de la clase media; de instituir un tipo de organización completamente nuevo, de convertirse de un extremo a otro del mundo en el símbolo de un orden nuevo, admirado por algunos, execrado por muchos, pero de ninguno ignorado. Ni el sueño de un megalómano podía haber sido más terrible. Napoleón afirmaba que se puede hacer todo con las bayonetas excepto sentarse encima; Lenin refutó la excepción.

Los grandes hombres que se destacan en la historia han sido, en parte, bienhechores de la humanidad y, en parte, todo lo contrario. Unos, como los grandes innovadores religiosos y morales, han hecho cuanto estaba en su poder para que los hombres sean menos crueles unos con otros, y más generosos en sus simpatías. Algunos, como los hombres de ciencia, nos han proporcionado conocimientos de los procesos naturales, que por muy mal que se utilicen, deben considerarse en sí mismos como algo magnífico. Otros, como los grandes poetas, compositores y pintores, han dado al mundo esplendores y bellezas, que, en momentos de desaliento, contribuyen a hacer más soportable el espectáculo del destino humano. Pero otros, igualmente capaces, igualmente eficaces a su manera, han hecho todo lo contrario. No creo que

la humanidad haya ganado nada con la existencia de Gengis Kan. No sé qué beneficio nos aportó Robespierre, y, a mi juicio, no hay ninguna razón para estar agradecidos a Lenin. Pero todos estos hombres, así los buenos como los malos, tienen una cualidad que no quisiera ver desaparecer del mundo, una cualidad de energía e iniciativa personal, de independencia de criterio y de visión imaginativa. Un hombre que posea estas cualidades puede hacer mucho bien, o mucho daño, y si la humanidad no ha de hundirse en la somnolencia, estos hombres excepcionales deben encontrar campo de acción, aunque es de desear que sus actos sean para el beneficio de la humanidad. Entre el temperamento de un gran criminal y el de un gran estadista puede haber menos diferencia de la que suele creerse. Es posible que si un encantador hubiera cambiado al Capitán Kidd y a Alejandro Magno uno por otro, al nacer, el uno hubiera seguido *la carrera que en realidad fue realizada por el otro.* Otro tanto puede decirse de algunos artistas; las memorias de Benvenuto Cellini nos representan a un hombre sin el respeto por la ley que todo ciudadano normal debe tener. En el mundo moderno, y, más aún, por lo que podemos prevenir, en el mundo futuro próximo, es y seguirá siendo casi imposible para un individuo llevar a cabo una obra de importancia si no consigue dominar una vasta organización. Si logra llegar a ser jefe de un Estado, como Lenin, o a poseer el monopolio de una gran industria, como Rockefeller, o a dominar el crédito, como el anciano Pierpont Morgan, su acción puede tener repercusiones importantes en el mundo. Y lo mismo en caso

de ser un hombre de ciencia, si convence a algún gobierno de que su labor puede ser útil en la guerra. Pero el hombre que trabaje sin la ayuda de una organización, como el profeta hebreo, el poeta, el filósofo solitario a lo Spinoza, ya no puede abrigar la esperanza de alcanzar la importancia que los hombres de su clase llegaban a tener en épocas pasadas. Este cambio afecta al científico tanto como a hombres de otros tipos. En el pasado, los hombres de ciencia realizaban casi todos sus trabajos por sí solos, pero hoy necesitan un equipo y un laboratorio con muchos ayudantes. Esto sólo lo puede obtener mediante el favor de un gobierno, o en Norteamérica, de hombres muy ricos. Por tanto, ha dejado de ser un trabajador independiente, para convertirse en esencia en parte integrante de alguna organización de importancia. El cambio es muy de lamentar, porque era más probable que fueran beneficiosas las cosas que un hombre podía hacer en la soledad que las que puede hacer únicamente con la ayuda de los que estén en el poder. Quien desee influir en las cuestiones humanas sólo logrará triunfar como esclavo o como tirano; puede llegar a ser, como político, el jefe de un Estado, o vender su trabajo al gobierno como hombre de ciencia, pero en este caso deberá servir a los propósitos del régimen y no a los suyos propios.

Y esto es aplicable no sólo a los hombres de rara y excepcional grandeza, sino a una amplia escala de talentos. En las épocas en que hubo grandes poetas, hubo también un gran número de poetas menores, y cuando había grandes pintores había gran número de pintores de segundo orden. Los grandes compositores

alemanes surgieron en un medio donde se apreciaba la música y donde muchos músicos de menor valía podían también destacarse. En aquellos días la poesía, la pintura y la música formaban parte vital de la vida ordinaria del hombre común, como ahora lo es sólo el deporte. Los grandes profetas fueron hombres que se destacaron de entre una multitud de profetas menores. La inferioridad de nuestra época, en esos aspectos, es el resultado inevitable de que la sociedad esté centralizada y organizada hasta un grado tal que la iniciativa individual ha quedado reducida a un mínimo. Siempre que el arte prosperó en el pasado, por regla general fue en comunidades pequeñas que tenían rivales entre sus vecinos, tales como las ciudades-Estado de Grecia, los pequeños principados del Renacimiento italiano, y las pequeñas cortes de los gobernantes alemanes del siglo XVIII. Cada uno de estos gobernantes debía tener su músico, que a veces resultaba ser un Johann Sebastian Bach, pero aunque no lo fuera, siempre podía demostrar su mérito. Hay algo en las rivalidades locales que es esencial en esas preocupaciones, un algo que intervino incluso en la construcción de las catedrales, pues cada obispo deseaba tener una catedral más hermosa que la del obispo vecino. Sería bueno que en las ciudades fuera posible desarrollar un orgullo artístico que estimulara a una rivalidad mutua, y que cada una poseyera su escuela propia de música y pintura, despreciando al mismo tiempo la escuela de la ciudad vecina. Pero un patriotismo local de tal naturaleza no es fácil que prospere en un mundo de imperios y de libertad de desplazamiento. Un hombre de Man-

chester no abriga fácilmente los mismos sentimientos hacia un hombre de Sheffield que los de un ateniense respecto a un corintio, o que los de un florentino respecto a un veneciano. Pero, a pesar de sus dificultades, considero que si se quiere impedir que la vida humana se torne cada vez más incolora y monótona, tendrá que atacarse el problema de aumentar la importancia de las localidades.

El salvaje, a pesar de pertenecer a una pequeña comunidad, vivió sin que ésta pusiera grandes trabas a su iniciativa. Las cosas que quería hacer, por lo general cazar y guerrear, eran las que también querían hacer sus vecinos, y si acaso sentía inclinación por la hechicería, le bastaba con conquistar el favor de algún hechicero ya eminente en esta profesión, y heredar con el tiempo sus poderes mágicos. Si era un hombre de talento excepcional, podía inventar algún perfeccionamiento en las armas, o un nuevo sistema para cazar. Estas innovaciones no sólo no provocaban la hostilidad de la comunidad, sino que, al contrario, eran bien recibidas. La vida del hombre moderno es muy diferente. Si se pone a cantar en la calle, lo toman por borracho; si baila, lo reprende un policía por entorpecer el tráfico. Su jornada de trabajo, a menos que sea excepcionalmente afortunado, consiste en una labor monótona para producir algo que se apreciará, no por ser bella obra de arte, como el escudo de Aquiles, sino por ser útil. Una vez terminada su jornada, no puede, como el pastor de Milton, "contar sus cuitas bajo el espino del vallecico", porque no suele haber vallecico cerca de donde él vive, o, si lo hay, está lleno de latas vacías. Y siempre, en nues-

tro modo de vida excesivamente regularizado, le obsesiona el pensamiento del mañana. De todos los preceptos de los Evangelios, el que ha pasado más inadvertido para los cristianos es el de no pensar para nada en el mañana. Si es prudente, el pensar en el día que vendrá le inducirá a ahorrar; si imprudente, tendrá la aprensión de no poder pagar sus deudas. En cualquier caso, el momento presente pierde su encanto. Todo está organizado, nada es espontáneo. Los nazis organizaron "La Fuerza por la Alegría", pero la alegría prescrita por el gobierno es probable que no sea muy alegre. También para los que tienen ambiciones loables, el efecto de la centralización los enfrenta con la competencia de un gran número de rivales, y les obliga a someterse a las normas de un gusto demasiado uniforme. Si alguien desea ser pintor, no se sentirá satisfecho con competir con las personas del mismo pueblo que tengan la misma apiración, y tendrá que irse a alguna escuela de pintura en una metrópoli donde probablemente acabará por comprender que es una medianía, y una vez que llegue a esta conclusión le entrará tal desaliento que sentirá la tentación de tirar los pinceles y dedicarse a hacer dinero o a beber, pues para llegar a ser algo notable es esencial cierto grado de confianza en uno mismo. En la Italia del Renacimiento se podía tener esperanzas de ser el mejor pintor de Siena, y esta posición podía ser suficientemente honrosa. Pero ahora uno no se contentaría con formarse en un pueblo pequeño y competir con sus vecinos. Sabemos demasiado y sentimos demasiado poco. Por lo menos sentimos muy poco de esas emociones creadoras en que

se basa una vida digna. Somos pasivos respecto a lo que es importante y activos respecto a las cosas triviales. Si la vida ha de salvarse del aburrimiento interrumpido sólo por el desastre, hay que encontrar medios de restablecer la iniciativa individual, no sólo en las cosas triviales, sino en las cosas que realmente importan. No quiero decir con esto que debamos destruir aquellas partes de la organización moderna de las que depende la existencia misma de grandes poblaciones, sino quiero dar a entender que sería conveniente que la organización fuera mucho más flexible, que gozara de mayor autonomía local, y menos opresiva para el espíritu humano, por su inmensidad impersonal, de lo que ha llegado a ser gracias a su crecimiento increíblemente rápido y a su centralización, cuyo ritmo no han podido seguir nuestra manera de pensar y nuestros sentimientos.

IV

EL CONFLICTO ENTRE LA TÉCNICA Y LA NATURALEZA HUMANA

Son muchas las cosas por las que el hombre se distingue de los demás animales. Una de éstas consiste en que siempre está dispuesto a emprender actividades que en sí mismas son desagradables, cuando son medios para los fines que desea. Los animales hacen cosas que, desde el punto de vista del biólogo, parecen tener un propósito determinado: los pájaros construyen nidos, y los castores, muros. Pero hacen estas cosas por instinto, obedeciendo a un impulso, y no porque se den cuenta de que son útiles. Desconocen el autodominio, la prudencia y la previsión y no reprimen sus impulsos por la voluntad. Los seres humanos hacen todo esto, pero cuando sobrepasan el límite que la naturaleza humana puede soportar, sufren un castigo psicológico. Parte del castigo es inevitable en la vida civilizada, pero otra parte es innecesaria y podría remediarse con una organización social diferente.

Para el hombre primitivo el conflicto entre los medios y los impulsos fue casi desconocido. La caza, la guerra y la reproducción eran necesarias para la supervivencia y para el progreso evolutivo, pero no constituían la razón que les movía a dedicarse a tales actividades; sino que lo hacían por el mero hecho de que les proporcionaban placer. Con el tiempo, la caza se convirtió en un pasatiempo del rico ocioso;

perdió su utilidad biológica pero continuó siendo agradable. La lucha espontánea, inspirada directamente por el impulso, sólo se permite ahora a los colegiales, pero persiste el instinto combativo, y, si se le niega una salida mejor, encuentra expresión principalmente en la guerra.

Sin embargo, el hombre primitivo también se dedicaba algunas veces a actividades que consideraba útiles más bien que intrínsecamente atractivas. La fabricación de utensilios de piedra comenzó en una etapa primitiva de la evolución humana, y así se inició el largo proceso que ha dado por resultado nuestro complejo sistema económico actual. Pero al comienzo de la Edad de Piedra es posible que el placer de la creación artística y la esperanza de un aumento de poder contribuyeran a suavizar las fases tediosas del trabajo. Cuando el recorrido que va de los medios al fin no es demasiado largo, los propios medios resultan atractivos si el fin se desea ardientemente. Un muchacho hará un gran esfuerzo por subir a lo alto de una colina con un deslizador a cuestas, por la ilusión de los breves momentos felices de la bajada; nadie lo apremia a persistir en su tarea y, no obstante, aunque resople y jadee, se siente contento. Pero si en lugar de la recompensa inmediata se le promete que a los setenta años se le concederá una pensión para la vejez, su energía decaerá rápidamente.

Un impulso creador puede inspirar esfuerzos mucho más prolongados que los del muchacho con el deslizador, sin que dejen de ser espontáneos. Un hombre llega a soportar años de penalidades, peligros y privaciones para intentar escalar el Everest o arribar

al Polo Sur o hacer un descubrimiento científico, y vivir durante todo este tiempo, como el muchacho del deslizador, en armonía con sus propios impulsos con tal de que desee con ardor un fin y ponga su orgullo en vencer obstáculos. Como decía el indio americano: "en ello hay gloria".

La aparición de la esclavitud inició el divorcio entre la finalidad de la obra y las finalidades de los trabajadores que la ejecutaban. Las Pirámides se construyeron para perpetuar la gloria de los Faraones; los esclavos que realizaban el trabajo no compartían la gloria y trabajan solamente por miedo al látigo del capataz. De la misma manera, la agricultura, cuando estuvo a cargo de esclavos o siervos, tampoco aportó una satisfacción directa a los que realizaban realmente el trabajo; su única satisfacción consistía en estar vivos y, si tenían suerte, libres de dolor físico.

En tiempos modernos, antes de la Revolución Industrial, la disminución de la servidumbre y el desarrollo de la artesanía acrecentó el número de trabajadores que eran sus propios patronos, y que, por lo tanto, podían sentir cierto orgullo por lo que producían. Estas circunstancias fueron las que promovieron el tipo de democracia preconizado por Jefferson y la Revolución Francesa, y que se fundaba en la existencia de un gran número de productores, más o menos independientes, en contraste con las inmensas organizaciones económicas que ha creado la técnica moderna.

Consideremos una gran empresa dedicada por ejemplo a la fabricación de automóviles. La finalidad de la organización es hacer automóviles, pero la de

los obreros es ganarse un jornal. Subjetivamente, no existe una finalidad *común*. Sólo los propietarios y los gerentes concuerdan en su finalidad sin que la compartan en absoluto la mayoría de los que ejecutan el trabajo. Tal vez algunos se sientan orgullosos de la excelencia de los automóviles fabricados, pero la mayor parte se interesa, principalmente, a través de sus sindicatos, en los jornales y las horas de trabajo.

Este mal obedece principalmente a la mecanización combinada con la organización en gran escala. Debido a la primera condición, ningún hombre fabrica por sí solo una gran parte de un automóvil, sino únicamente una pequeña porción de alguna parte determinada; el trabajo en general requiere poca habilidad y resulta muy monótono. Debido a la segunda condición, la organización en gran escala, en el grupo que fabrica un automóvil colectivamente no existe el sentido de solidaridad entre la dirección y los empleados. Hay solidaridad entre los trabajadores, y puede haberla también entre los directores. Pero la solidaridad de los obreros no tiene nada que ver con el producto de su trabajo; concierne exclusivamente a la disminución de las horas de labor. La dirección *puede* sentir orgullo por los productos, pero cuando una industria está enteramente comercializada se tiende a pensar sólo en los beneficios que pueden aumentarse con mayor facilidad por medio de la publicidad que mejorando la calidad del producto.

Dos factores han contribuido a restar importancia al trabajo primoroso. Primero, la invención del dinero y, más tarde, la producción en masa. El dinero

hizo que se valorase un artículo de consumo por su precio, que no es propiedad intrínseca, sino una abstracción compartida con otros artículos. Las cosas que no han sido hechas para el intercambio pueden valorarse por lo que son, no por lo que se puede comprar con ellas. Los jardines de las casas de campo suelen ser encantadores y pueden haber costado un gran esfuerzo, pero no fueron hechos con miras a ninguna remuneración monetaria. Los trajes de los campesinos, que ahora apenas existen, salvo para embeleso de los turistas, los hacían las familias de los que los usaban, y no tenían precio. Los templos de la Acrópolis y las catedrales medievales no fueron erigidos con fines lucrativos y no eran cosas propias para el intercambio. Poco a poco, una economía monetaria fue reemplazando a una economía en que las cosas se producían para el uso del productor, y este cambio ha sido la causa de que los bienes se aprecian por su utilidad más bien que por el placer que proporcionan.

La producción en masa ha llevado este proceso a nuevos extremos. Pongamos por caso a un fabricante de botones: por muy excelentes que sean sus botones, no querrá más que unos cuantos para su propio uso. El resto deseará cambiarlos por alimentos, una vivienda, un automóvil, la educación de sus hijos, etc. Lo único que estas cosas tienen de común con los botones es el valor monetario. Y ni siquiera el valor de los botones es lo importante para nuestro hombre; lo que realmente le importa es el beneficio, es decir, la diferencia entre su precio de venta y su costo de producción, beneficio que puede aumentar disminu-

yendo su excelencia intrínseca. En efecto, la substitución de métodos más primitivos por la producción en masa suele causar, por lo general, una pérdida de la excelencia intrínseca.

Hay otras dos consecuencias de la organización moderna, además de las ya mencionadas, que tienden a disminuir el interés del productor en el producto. Una consiste en lo remoto de los resultados que se espera alcanzar por el trabajo; la otra en el divorcio entre la dirección y el trabajador.

Respecto a lo remoto de los resultados, consideremos a un individuo que, en la actualidad, realiza una tarea subordinada en la fabricación de algún artículo de exportación, pongamos por caso otra vez un automóvil. Se le dice con mucha insistencia que la campaña para aumentar las exportaciones es necesaria para que podamos importar víveres. Los alimentos que se adquieran como resultado de su trabajo no llegarán a él personalmente, sino que se repartirán entre los cuarenta millones de personas, más o menos, que viven en la Gran Bretaña. Si falta un día a la fábrica, no hay daño patente para la economía nacional, y sólo haciendo un esfuerzo intelectual podrá llegar a darse cuenta del perjuicio que causa con no trabajar más de lo que es imprescindible para conservar el empleo. Pero todo cambia totalmente cuando la necesidad es obvia y apremiante, como ocurre, por ejemplo, en un naufragio. En un naufragio, los miembros de la tripulación obedecen las órdenes sin necesidad de razonar consigo mismos, porque todos tienen un propósito común que no es remoto y los medios para su realización son fáciles de com-

prender. Pero si el capitán, como le sucede al Gobierno, tuviera que explicar los principios monetarios para demostrar que sus órdenes son prudentes, el barco se hundiría antes de que pudiese terminar la conferencia.

El divorcio entre la dirección y el obrero ofrece dos aspectos, uno de los cuales es el conocido conflicto entre el capital y el trabajo, mientras que el otro consiste en un mal más general que afecta a todas las grandes organizaciones. No es mi propósito hablar sobre el conflicto entre el trabajo y el capital, pero el distanciamiento de los elementos directivos en una organización, ya sea política o económica, ya sea bajo el capitalismo o bajo el socialismo, es un tema algo menos trillado y que merece consideración.

Como quiera que se organice la sociedad, es inevitable una amplia zona de conflicto entre el interés general y el interés de este o el otro sector. Un aumento en el precio del carbón puede ser ventajoso para la industria del carbón y originar un aumento en los jornales de los mineros, pero es desventajoso para todos los demás. Cuando los precios y los jornales son fijados por el Gobierno, siempre habrá personas a quienes defrauden sus decisiones.

Las consideraciones que debe tener en cuenta el Gobierno son tan generales y en apariencia tan ajenas a la vida cotidiana de los trabajadores, que es muy difícil presentarlas de una manera convincente. Una ventaja concreta siempre se percibe más fácilmente que una desventaja vaga. A esto se debe que sea difícil para los gobiernos resistir la inflación, y que, cuando lo hacen, se expongan a hacerse impopulares.

Un Gobierno que actúa verdaderamente en interés del público en general, corre el riesgo de que cada sector diferente considere que ignora intencionadamente los intereses de ese determinado sector. Esta dificultad tiende a aumentar en una democracia a medida que se hace mayor el grado de intervención gubernamental.

Además, sería de un optimismo infundado esperar que los gobiernos, incluso los democráticos, obren siempre pensando en lo que es mejor para el interés público. He hablado antes de algunos de los males relacionados con la burocracia; voy a considerar ahora los que existen en la relación del funcionario con el público. En una comunidad altamente organizada, las personas que desempeñan las funciones de Gobierno desde los ministros hasta los funcionarios municipales más insignificantes de las oficinas locales, tienen sus intereses particulares propios, que no coinciden, ni mucho menos, con los de la comunidad. Entre estos intereses predominan el amor al poder y la aversión al trabajo. Un funcionario que dice "no" a un proyecto satisface a un mismo tiempo su inclinación al ejercicio de la autoridad y su repugnancia al esfuerzo. Y así llega a parecer y, hasta cierto punto, a ser en realidad, el enemigo de aquellos a quienes se supone que debe servir.

Tomemos como ejemplo las medidas que es necesario adoptar para hacer frente a una escasez de víveres. La dificultad para obtener alimentos puede inducir a la persona que posee una parcela a trabajar de firme, si se le permite utilizar los productos de su trabajo como suplemento de sus raciones. Pero la

mayor parte de la gente, que no se dedica a la agricultura, tiene que comprar todos los víveres. Bajo un régimen de *laissez-faire,* los precios subirían y todos, excepto los ricos, sufrirían las consecuencias de la desnutrición. Pero aunque nada de esto deje de ser cierto, somos pocos los que agradecemos debidamente los servicios que prestan las señoras de las oficinas de abastecimiento, y raro es también encontrar entre ellas funcionarias que mantengan, a pesar del cansancio y las preocupaciones, una actitud benévola hacia el público. Al público, aunque sea injusto, estas señoras le parecen déspotas ignorantes; a ellas el público les parecerá aburrido, exigente y estúpido, gente que siempre está perdiendo cosas o cambiando de dirección. En esas condiciones no es fácil ver cómo puede establecerse una verdadera armonía entre el Gobierno y el gobernado.

Es posible oponer diversas objeciones a los medios que, según se ha comprobado, produjeron hasta el presente una armonía parcial entre las formas de sentir particulares y el interés público.

El camino más fácil y evidente para conseguir la armonía es la guerra. En una guerra difícil, cuando está en peligro la existencia misma de la nación, es fácil inducir a todo el mundo a trabajar con voluntad, y si se considera competente al Gobierno se obedecerán sus órdenes de buen grado. La situación es análoga a la que se produce en un naufragio. Pero a nadie se le ocurriría abogar por los naufragios como medio de estimular la disciplina naval, y tampoco podemos abogar por las guerras alegando que contribuyen a la unidad nacional. Es indudable que el

miedo a la guerra puede causar un efecto semejante; pero si el miedo a la guerra persiste con intensidad durante el tiempo suficiente, lo más probable es que el resultado sea una guerra verdadera, siendo cierto también que, aunque fomenta la unidad nacional, trae consigo la laxitud y la histeria.

La competencia, cuando existe, es un incentivo muy eficaz. Los socialistas suelen denunciarla como uno de los grandes males de una sociedad capitalista, pero el gobierno soviético le ha vuelto a conceder una gran importancia en la organización de la industria. Los métodos stajanovistas, de acuerdo con los cuales se recompensa a ciertos obreros por eficiencia excepcional mientras se castiga a otros por negligencia, constituyen un retorno a los sistemas basados en el trabajo a destajo contra los cuales los sindicatos obreros han sostenido, con buen éxito, una enérgica campaña. Para mí es indudable que estos sistemas tienen en Rusia las ventajas sobre las que antiguamente insistieron los capitalistas, y las desventajas señaladas por los gremios obreros. Pero, como solución del problema psicológico, son sin duda inadecuados.

Pero aunque la competencia sea censurable en muchas de sus formas, en mi opinión ha de desempeñar un papel esencial como estímulo para la realización de un esfuerzo importante, y en algunas esferas proporciona un escape, relativamente inofensivo, para esa clase de impulsos que de otra manera pueden conducir a la guerra. A nadie se le ocurre abogar por la abolición de la competencia de los juegos. Si dos equipos de fútbol rivales, movidos por un repentino amor fraternal, deciden cooperar colocando el balón

primero en una portería y luego en la otra, se acabaría el placer para ambos. No existe ninguna razón para limitar a los deportes el estímulo que resulta de la competencia. La emulación entre equipos, localidades u organizaciones puede ser un incentivo provechoso. Pero para impedir que la competencia llegue a ser despiadada y nociva, el castigo por el fracaso no debe ser el desastre, como sucede en la guerra, o el hambre, como en la competencia económica no reglamentada, sino sólo la pérdida de la gloria. El fútbol no sería un deporte grato si se condenara a muerte o se dejara morir de hambre a los equipos derrotados.

Durante los últimos años se ha estado llevando a cabo en la Gran Bretaña un loable esfuerzo por despertar el sentido del deber. Hoy día es inevitable la sobriedad y la única salida consiste en aumentar la producción. Esto es innegable, y en época de crisis, un esfuerzo de esta especie es, sin duda, necesario. Pero el sentido del deber, por muy valioso e indispensable que sea en ocasiones, no es una solución permanente, y su éxito no suele durar mucho. Significa un estado de tensión y una constante resistencia a los impulsos naturales que, si se prolongan, resultan agotadores y disminuyen las energías naturales. Si se incita al cumplimiento del deber, no ya invocando alguna simple ética tradicional, como la contenida en los Diez Mandamientos, sino alegando razones económicas y políticas, el cansancio conducirá al escepticismo respecto a la validez de los argumentos empleados, y muchas personas acabarán por sentirse indiferentes o adoptarán alguna teoría, falsa con toda probabilidad, que ofrezca un camino más corto para

rección no tengan un poder demasiado grande sobre los demás. Durante siglos los reformadores lucharon contra el poder de los reyes, entablando después la lucha contra el poder de los capitalistas. Su victoria en esta segunda lucha será estéril si únicamente consiguen reemplazar el poder de los capitalistas por el poder de los funcionarios. Desde luego, frecuentemente es necesario tomar decisiones sin esperar los resultados de un lento proceso democrático, pero siempre debe haber posibilidades, por una parte, para decidir democráticamente trayectorias generales, y por otra, para criticar los actos de los funcionarios sin temor a sufrir castigos por ello. Puesto que es natural que los hombres enérgicos amen el poder, es de suponer que, en la mayoría de los casos, los funcionarios deseen tener más poder del que es debido. Por tanto, en toda gran organización existe la misma necesidad de vigilancia democrática que en el campo político.

Las relaciones de una organización con el mundo externo constituyen materia aparte. Los conflictos no deberían solucionarse simplemente por razones de poder, es decir, basándose en la fuerza competitiva de la organización en cuestión, sino remitirse a una autoridad neutral, siempre que no se puedan resolver por medio de negociaciones amistosas. No debería haber ninguna excepción para este principio hasta que no topemos con el mundo como un todo, el que, por ahora, no tendría relaciones políticas externas. Si fuera posible una guerra entre mundos, como la descrita por Wells, necesitaríamos una autoridad interplanetaria.

Bajo ningún concepto hay que lamentar las diferencias entre las naciones, siempre que no conduzcan

a la hostilidad. El vivir durante algún tiempo en un país extranjero nos hace percibir los méritos de que carece nuestro propio país, lo que ocurre siempre, cualquiera que sea el país a que pertenezcamos. Lo mismo puede decirse de las diferencias entre las distintas regiones de una misma nación, y de los distintos tipos producidos por las diferentes profesiones. La uniformidad de carácter y la uniformidad de cultura no son deseables. La evolución biológica ha dependido de las diferencias congénitas existentes entre individuos o tribus, y la evolución cultural depende de las diferencias adquiridas. Cuando desaparecen, ya no existe material para la selección. En el mundo moderno hay demasiado peligro de que resulte una semejanza excesiva, en el aspecto cultural, entre una región y otra. Uno de los medios más eficaces para disminuir ese mal consiste en aumentar la autonomía de los diversos grupos.

El principio que debe regir las esferas respectivas de la autoridad y de la iniciativa, si es que tengo razón, puede formularse, de una manera general, de acuerdo con las diferentes clases de impulsos que forman parte integrante de la naturaleza humana. Por un lado, tenemos impulsos que tienden a conservar lo que poseemos, y, con demasiada frecuencia, a adquirir lo que otros poseen. Por otro lado, tenemos impulsos creadores, impulsos que nos incitan a traer al mundo algo que no se le ha quitado a nadie. Tales impulsos pueden adoptar formas modestas, como el cultivo de un jardín, o bien constituir la cumbre de las realizaciones humanas, como ocurrió con Shakespeare y Newton. Hablando en términos generales, la

regularización de los impulsos de posesión y su reglamentación por la ley corresponde a las funciones *esenciales* de los gobiernos, mientras que los impulsos creadores, aunque pueden los gobiernos fomentarlos, deben recibir su principal influencia de la autonomía individual y de grupo.

Los bienes materiales se poseen más plenamente que los intelectuales. Un hombre que come un alimento impide que otro lo coma, pero un hombre que escribe un poema o goce con él, no impide que otro hombre escriba otro poema tan bueno o mejor o goce con él. Por esto la justicia respecto a los bienes materiales es importante, pero respecto a los bienes espirituales lo que interesa es la oportunidad y un ambiente que haga que la esperanza del logro parezca justificada. No son las grandes recompensas materiales las que estimulan a los hombres capaces de realizar trabajos creadores; pocos poetas u hombres de ciencia han hecho fortuna o han deseado hacerla. Sócrates fue ejecutado por la autoridad, pero permaneció perfectamente sereno en sus últimos momentos porque había realizado su obra. Si lo hubieran abrumado con honores, pero sin permitirle realizar su obra, habría sufrido una pena mucho mayor. En un estado monolítico, en que la autoridad domina todos los medios de publicidad, un hombre de originalidad notable, se le impongan o no penas legales, sufriría este castigo más doloroso: el de no poder dar a conocer sus ideas. Cuando esto ocurre en una comunidad, no es posible que aporte nada valioso a la vida colectiva de la humanidad.

La reglamentación de los impulsos codiciosos y

rapaces es una necesidad imperiosa y, por consiguiente, los estados, e incluso un estado mundial, son necesarios para sobrevivir. Pero no podemos contentarnos simplemente con el hecho de estar vivos en lugar de muertos; deseamos una vida feliz, vigorosa y creadora. Para esto el Estado puede proporcionar una parte de las condiciones necesarias, pero únicamente si, al buscar la seguridad, no ahoga los impulsos, casi siempre irregulares, que dan a la vida su sabor y su valor. La vida individual tiene aún un papel que desempeñar y no debe ser sometida por completo a la reglamentación por grandes organizaciones. En el mundo creado por la técnica moderna es necesario estar en guardia contra este peligro.

VI

ÉTICA DEL INDIVIDUO Y ÉTICA SOCIAL

En este último capítulo me propongo hacer dos cosas. Primero, repetir brevemente las conclusiones a las que llegué en los anteriores; en segundo lugar, relacionar las doctrinas social y política con la ética individual de acuerdo con la cual el hombre debe encauzar su vida personal y hacer ver que, a pesar de los males y los peligros que he señalado, podemos abrigar algunas esperanzas optimistas para un futuro cercano de la humanidad, esperanzas que se desprenden de nuestro estudio, y que yo, por mi parte, creo están justificadas basándose en una ponderación prudente de las posibilidades.

Empezaré haciendo una recapitulación. Hemos distinguido, en términos generales, dos propósitos principales en las actividades sociales: por una parte, la seguridad y la justicia requieren un mando gubernamental centralizado que, para ser efectivo, debe extenderse hasta la creación de un gobierno mundial. El progreso, por el contrario, exige el campo de acción más amplio posible para la iniciativa personal que sea compatible con el orden social.

El método para asegurar estas aspiraciones en la medida de lo posible es la *devolución*. El gobierno mundial debe dejar libertad a los gobiernos nacionales para todo aquello que no esté relacionado con los medios de evitar las guerras; los gobiernos nacionales, a su vez, deben dejar el campo de acción más amplio po-

sible a las autoridades locales. La nacionalización no es una razón para que se consideren resueltos todos los problemas de la industria. Una industria grande —por ejemplo la de los ferrocarriles— debe disfrutar de un grado considerable de autonomía; en una industria nacionalizada, la relación de los empleados con el Estado no conviene que sea una simple réplica de su antigua relación con los patronos particulares. Todo lo que está relacionado con la opinión pública, como los periódicos, los libros y la propaganda política, debe dejarse a la competencia libre, y debe evitarse escrupulosamente toda intervención del Gobierno, así como la de cualquier otra forma de monopolio. Pero será necesario que la competencia sea cultural e intelectual, no económica y, todavía menos, militar o que recurra a sanciones legales.

En cuestiones culturales, una de las condiciones del progreso es la diversidad. Las corporaciones que gozan de una cierta independencia del Estado, tales como las universidades y los centros académicos en general, tienen un gran valor a este respecto. Es deplorable ver cómo en la Rusia actual se obliga a los hombres de ciencia a suscribir desatinos obscurantistas a instancias de órdenes de políticos ignorantes en cuestiones científicas, que se encuentran en situación de imponer sus ridículas decisiones por medio de presión económica y política. Espectáculos tan lamentables sólo pueden evitarse limitando las actividades de los políticos a la esfera en que son, teóricamente, competentes. Los políticos no deberían tener la osadía de decidir lo que es buena música, o buena biología, o buena filosofía. Yo no quisiera ver que en

mi país se decidieran cuestiones de esta índole según el gusto personal de cualquier Primer Ministro, pasado, presente o futuro, aunque diera la casualidad de que su gusto fuera impecable.

Ahora examinaré la oposición entre la ética individual y las instituciones sociales y políticas. Ningún hombre es completamente libre y ninguno completamente esclavo. Para guiar su conducta, en las cosas en que un hombre disfruta de libertad, necesita una moral personal. Algunos dirán que lo único que tiene que hacer un hombre es obedecer el código de moral aceptado por su comunidad. Pero no creo que esta contestación satisfaga a ningún conocedor de la antropología. Costumbres como el canibalismo, los sacrificios humanos y la caza de cabezas han desaparecido gracias a protestas morales contra la opinión moral tradicional. Si un hombre desea sinceramente seguir el mejor camino que la vida le ofrece, tiene que aprender a mantener una actitud crítica frente a las costumbres y creencias de la tribu, aceptadas comúnmente por sus vecinos.

Pero respecto a las desviaciones, por razones de conciencia, de lo que la sociedad a la que un hombre pertenece considera justo, debemos distinguir entre la autoridad de la costumbre y la autoridad de la ley. Para justificar un acto ilegal se necesitan razones mucho más poderosas que para justificar un acto que sólo contradice la moral reconocida. Se debe a que el respeto por la ley es una condición indispensable para la existencia de cualquier orden social tolerable. Cuando un hombre considera injusta una ley determinada, tiene el derecho, y a veces el deber, de hacer lo posi-

ble por que se cambie, pero sólo en casos muy raros tendrá justificación para violarla. No niego que hay situaciones en que es un deber violar la ley; es un deber cuando un hombre esté profundamente convencido de que obedecer sería un pecado. En este caso se encuentran los que se niegan a ir a la guerra por razones de conciencia. Aunque estemos convencidos de su equivocación, no podemos sostener que no deben obrar de acuerdo con el dictado de su conciencia. Los legisladores prudentes evitan en lo posible promulgar leyes que obliguen a los hombres escrupulosos a escoger entre el pecado y lo que legalmente es un delito.

A mi parecer, también debería admitirse que hay casos en que la revolución es justificable. Pueden presentarse situaciones en que el gobierno establecido es tan malo que conviene derrocarlo por la fuerza, no obstante el riesgo de caer en la anarquía, riesgo en verdad muy grave. Es curioso que las revoluciones más fecundas —la de Inglaterra en 1688 y la de Norteamérica en 1776— fueran realizadas por hombres imbuidos de un profundo respeto por la ley. Cuando ese respeto falta, la revolución puede conducir a la anarquía o a la dictadura. Por tanto, aunque la obediencia a la ley no es un principio *absoluto,* es un principio al cual debe darse gran importancia, y al cual deberían admitirse excepciones sólo en raros casos y, aun así, después de un detenido estudio.

Problemas semejantes nos conducen a una profunda dualidad en la ética, que hay que reconocer por muy desconcertante que sea.

Las creencias éticas han procedido, a lo largo de la

historia, de dos fuentes muy diferentes, una política y otra relacionada con las convicciones personales de tipo religioso y moral. En el Antiguo Testamento, las dos fuentes se manifiestan independientemente, una la constituye la Ley, la otra los Profetas. En la Edad Media existía la misma diferencia entre la moral oficial inculcada por la jerarquía eclesiástica y la santidad personal que enseñaban y practicaban los grandes místicos. La dualidad entre la moral individual y la cívica, que todavía persiste, es un factor que hay que tener en cuenta en cualquier teoría ética adecuada. Sin moralidad cívica, las comunidades perecen; sin moralidad individual, su supervivencia carece de valor. Por consiguiente, la moral cívica y la individual son igualmente necesarias en un mundo encomiable.

La ética no atañe *únicamente* al deber hacia el prójimo, por muy importante que sea este deber. El cumplimiento del deber público no es todo lo que hace una vida buena; existe también el afán de perfeccionamiento personal, pues el hombre no es sólo un ser social. Tiene pensamientos, sentimientos e impulsos que pueden ser sensatos o disparatados, nobles o innobles, inspirados por el amor o por el odio. Y, para que su vida sea soportable, debe poseer campo de acción para los mejores de estos pensamientos, sentimientos e impulsos. Pues, a pesar de que son pocos los hombres capaces de sentirse felices en la soledad, todavía son menos los que se sienten felices en una comunidad que no permita libertad de acción individual.

Aunque una gran parte de la excelencia individual consiste en comportarse justamente con las demás per-

sonas, presenta también otro aspecto. Si abandonamos nuestros deberes por un entretenimiento trivial, tendremos remordimientos de conciencia; pero si sucumbimos por un rato a la tentación de oír buena música o de contemplar una puesta de sol, regresaremos sin el menor sentimiento de vergüenza y sin la impresión de haber perdido el tiempo. Es peligroso permitir que los deberes políticos y sociales dominen totalmente nuestro concepto de lo que constituye la excelencia individual. Lo que trato de dar a entender, aunque no dependa de ninguna convicción teológica, está en íntima armonía con la ética cristiana. Sócrates y los apóstoles predicaron que se debía obedecer a Dios y no a los hombres, y los Evangelios recomiendan el amor a Dios no menos que el amor al prójimo. Todos los grandes caudillos religiosos, así como los grandes artistas y pensadores, han mostrado un sentimiento de obligación moral para realizar sus impulsos creadores, y un sentimiento de exaltación moral una vez realizados. Esta emoción es la base de lo que los Evangelios llaman deber para con Dios, y es —lo repito— independiente de la creencia teológica. El deber para con el prójimo, y menos tal como éste lo concibe, no puede ser mi único deber. Si tengo una convicción profunda de conciencia de que debo obrar de una manera condenada por la autoridad gubernamental, mi deber será obrar de acuerdo con mi convicción. Y, recíprocamente, la sociedad debería concederme la libertad necesaria para poder seguir mis convicciones salvo cuando existan razones muy poderosas para impedírmelo.

Pero no sólo los actos inspirados por un sentido

del deber son los que deberían estar libres de una presión social excesiva. Un artista o un hombre de ciencia puede estar haciendo algo de la mayor utilidad social, pero no lo realiza inspirado sólo por un sentimientos del deber. Para pintar o para hacer descubrimientos, tiene que sentir un impulso espontáneo, porque si no, su pintura no valdrá nada y sus descubrimientos serán insignificantes.

Desde el punto de vista ético, la esfera de la acción individual no ha de considerarse inferior a la del deber social. Por el contrario, parte de lo más valioso de las actividades humanas es, por lo menos en sentimiento, más bien personal que social. Como dije en mi tercer capítulo, los profetas, los místicos, los poetas, los hombres de ciencia, son hombres cuyas vidas están dominadas por una visión; hombres esencialmente solitarios. Cuando sienten imperiosamente un impulso, comprenden que no pueden obedecer a la autoridad si ésta ordena lo contrario de lo que ellos sinceramente creen que es bueno. Aunque por esta razón suelen ser perseguidos durante el curso de su vida, serán entre todos los hombres aquellos a los que la posteridad rendirá los honores más altos. Ellos son los que han dotado al mundo con las cosas que más apreciamos, no sólo en religión, en arte y en ciencia, sino también en nuestra manera de sentir respecto al prójimo, porque los progresos, en lo que se refiere a la obligación social, como en todas las demás cosas, se han debido principalmente a hombres solitarios cuyos pensamientos y emociones no estaban subordinados al rebaño.

Si queremos impedir que la vida humana se con-

vierta en algo insípido y tedioso, es importante darse cuenta de que hay cosas que tienen un valor completamente independiente de la utilidad. Lo útil es útil porque es un medio para alguna otra cosa, y esa otra cosa, si no es a su vez simplemente un medio, debe valorarse por sí misma, ya que, de otro modo, la utilidad es ilusoria.

Acertar con el justo equilibrio entre los fines y los medios es a la par difícil e importante. Si a uno le interesa dar más importancia a los medios, puede demostrar que la diferencia entre un hombre civilizado y un salvaje, entre un adulto y un niño, entre un hombre y un animal, consiste principalmente en una diferencia en cuanto a la importancia que tienen los fines y los medios en la conducta. Un hombre civilizado se hace un seguro de vida, un salvaje no; un adulto se cepilla los dientes para evitar las caries, un niño sólo lo hace cuando se le obliga; los hombres cultivan los campos para proveerse de alimentos en el invierno, los animales no. La previsión que implica el hacer cosas desagradables ahora con objeto de disfrutar de cosas agradables en el futuro es una de las manifestaciones más esenciales del desarrollo mental. Y puesto que la previsión es difícil y requiere el dominio de impulsos, los moralistas insisten en su necesidad y dan más importancia a la virtud del sacrificio actual que a lo agradable de la recompensa subsiguiente. Se debe hacer el bien por el bien y no porque sea el medio de llegar al cielo. Hay que economizar porque así lo hacen todas las personas sensatas, y no con el fin de asegurarse una renta que le permita a uno disfrutar de la vida. Y así sucesivamente.

Pero el hombre que da más importancia a los fines que a los medios puede presentar argumentos contrarios no menos verdaderos. Es patético ver a un hombre de negocios, de edad madura, que a fuerza de trabajos y de sufrir inquietudes en su juventud padece dispepsia, y que no puede comer más que tostadas, ni beber más que agua mineral, mientras sus indiferentes invitados se regalan. Las alegrías de la riqueza con las que había soñado durante los largos años de trabajo, se esfuman, y su único placer es el empleo del poder económico para obligar a sus hijos a someterse a su vez a una tarea penosa e igualmente fútil. A los avaros, cuya obsesión con los medios es ya patológica, se les considera generalmente necios, pero los que padecen la misma enfermedad en menor grado, suelen recibir alabanzas inmerecidas. Sin una cierta conciencia de los fines, la vida resulta triste e incolora; y, al fin, la necesidad de alguna emoción encuentra con frecuencia en la guerra, en la crueldad, en la intriga o en alguna actividad destructiva, escapes peores de los que hubiese encontrado en otras circunstancias.

Los hombres que se vanaglorian de ser lo que se llama "prácticos", se preocupan en su mayoría exclusivamente de los medios. Pero ellos sólo poseen a medias la sabiduría; pues si consideramos la otra mitad que está relacionada con los fines, el proceso económico y toda la vida de la humanidad adquieren un aspecto enteramente nuevo. Ya no nos preguntamos: ¿qué han producido los productores, y qué es lo que el consumo ha permitido producir a su vez a los consumidores? En cambio, nos preguntamos: ¿qué ha

habido en las vidas de los consumidores y de los productores que les haya hecho sentir la alegría de vivir? ¿Qué han sentido, o conocido, o hecho, que pueda justificar su creación? ¿Han experimentado la gloria de un conocimiento nuevo? ¿Han conocido el amor y la amistad? ¿Han gozado del sol y de la primavera y del aroma de las flores? ¿Han experimentado la alegría de la vida que las comunidades expresan con bailes y canciones? Una vez, en Los Ángeles, me llevaron a visitar la colonia mexicana. Me dijeron que eran unos vagabundos perezosos, pero a mí me pareció que aquella gente disfrutaba más de esas cualidades que hacen la vida una bendición y no una maldición, que mis industriosos e inquietos anfitriones. Sin embargo, cuando traté de explicar a éstos mis sentimientos, me escucharon con una falta total de comprensión.

La gente no siempre tiene en cuenta que en general la política, la economía y la organización social, pertenecen, no al dominio de los fines, sino al de los medios. Nuestros conceptos políticos y sociales propenden a lo que pudiéramos llamar la "falacia del gobernante". Con esto aludo a la costumbre de considerar una sociedad como un todo sistemático, que se estima bueno si resulta grato contemplarlo como un modelo de orden, como un organismo acabado, de partes pulcramente encajadas las unas en las otras. Pero una sociedad no puede, o al menos no debe, existir para satisfacer una inspección externa, sino para proporcionar una vida agradable a los individuos que la componen. Y no es en el conjunto, sino en los individuos donde ha de buscarse su valor definitivo. Una

sociedad buena es un medio para que los que la componen gocen de una vida buena, y no una cosa que en sí misma posea una excelencia especial.

Cuando se dice que una nación es un organismo se emplea una analogía que, de no reconocerse sus limitaciones, puede ser peligrosa. El hombre y los animales superiores son organismos en un sentido estricto. Cualquier cosa buena o mala que acontezca a un hombre le acontece a *él* como a una única persona, no a esta o aquella parte de él. Si yo tengo un dolor de muelas, o un dolor en un dedo del pie, soy *yo* el que tengo el dolor, dolor que no existiría si no hubiera nervios uniendo la parte correspondiente con mi cerebro. Pero cuando a un granjero de Herefordshire le sorprende una ventisca, no es el gobierno de Londres el que siente el frío. Esto es lo que hace que sea el hombre como individuo el soporte del bien y del mal, y no una parte separada del hombre ni un conjunto de hombres. Creer que en un conjunto de seres humanos puede existir el bien y el mal, por encima del bien y del mal de cada individuo, es un error; además es un error que conduce directamente al totalitarismo y, por tanto, peligroso.

Hay algunos filósofos y estadistas que opinan que el Estado puede tener una excelencia propia, y que no es simplemente un medio para el bienestar de los ciudadanos. No veo ninguna razón para estar de acuerdo con esta opinión. "El Estado" es una abstracción; no siente ni placer ni dolor, no tiene ni esperanzas ni temores, y lo que consideramos sus propósitos no son, en realidad, sino los propósitos de los individuos que lo dirigen. Si en lugar de pensar en abstracto pen-

samos concretamente, en lugar de "el Estado", veremos a determinados individuos que disfrutan de más poder del que corresponde por lo general a la mayoría de los hombres. Así que la glorificación de "el Estado" viene a ser, en realidad, la glorificación de una minoría gobernante. Ningún demócrata puede tolerar una teoría tan fundamentalmente injusta.

Hay otra teoría ética que, a mi parecer, también es falsa: se trata de la teoría que podríamos llamar "biológica", aun cuando yo no me atrevería a afirmar que la apoyen los biólogos. Este punto de vista se deriva del estudio de la evolución. Se supone que la lucha por la existencia ha ido gradualmente formando organismos cada vez más complejos, hasta culminar por ahora en el hombre. Según esta posición, el fin supremo es la supervivencia, o, mejor dicho, la supervivencia de la especie a que uno pertenece. Si esta teoría es acertada, todo lo que contribuya al aumento de la población humana del globo se considera "bueno", y "malo" todo lo que contribuya a su disminución.

No encuentro ninguna justificación para esta manera mecánica y aritmética de ver las cosas. En una sola hectárea de terreno pueden encontrarse fácilmente más hormigas que seres humanos hay en el orbe, pero no es razón para admitir la superior excelencia de las hormigas. ¿Qué persona humanitaria preferiría una población numerosa sumida en la pobreza y en la escualidez a una población menor que viva felizmente con un grado suficiente de comodidad?

Desde luego, es indudable que la supervivencia es la condición necesaria para todo, pero es sólo *una* de

las condiciones de todo aquello que tiene valor, y por sí sola no tiene ninguno. La supervivencia en el mundo que han creado la ciencia y la técnica modernas exige una considerable dosis de gobierno. Pero lo que da valor a la supervivencia proviene principalmente de causas ajenas al gobierno. Nuestro problema en este libro ha sido el modo de reconciliar estos dos requisitos opuestos.

Y ahora, reuniendo los hilos de nuestros exámenes, y teniendo en cuenta todos los peligros de nuestro tiempo, quiero reiterar ciertas conclusiones y, sobre todo, exponer las esperanzas que creo tenemos motivos racionales para abrigar.

Desde la época de los antiguos griegos se ha sostenido una batalla incesante entre los que ponen en primer lugar la cohesión social y los que conceden la máxima importancia a la iniciativa individual. En todas estas controversias multiseculares siempre tiene algo de razón cada una de las dos partes, y lo más probable es que no pueda dársele una solución tajante, sino solamente una que implique diferentes concesiones y ajustes.

En el transcurso de la historia, como indiqué en el capítulo II, ha habido una incesante fluctuación entre periodos de excesiva anarquía y periodos de una reglamentación gubernamental excesivamente rígida. En nuestros tiempos, excepto en la cuestión del gobierno mundial, se ha manifestado una tendencia muy acentuada hacia la autoridad, y una gran falta de interés por la conservación de la iniciativa. Los hombres que se encuentran al frente de vastas organizaciones han mostrado propensión a ser demasiado abstractos en

sus conceptos, olvidando lo que son los seres humanos, y han tratado de acomodar los hombres a los sistemas más bien que los sistemas a los hombres.

La falta de espontaneidad de que suelen carecer nuestras sociedades mejor organizadas, tiene que ver con el excesivo dominio ejercido por algunas autoridades distantes sobre extensas regiones.

Una de las ventajas que puede derivarse de la descentralización es que abriría nuevos horizontes a la esperanza y a las actividades individuales que materializan las esperanzas. Si nuestras ideas políticas están todas relacionadas con problemas vastos y con peligros de una catástrofe mundial, es fácil llegar a sentirse desesperado. El temor a la guerra, el temor a la revolución, el temor a la reacción, pueden obsesionar a uno de acuerdo con su temperamento y con sus convicciones políticas. A menos de que se pertenezca a un núcleo muy pequeño de individuos poderosos, lo más probable es que se tenga la sensación de que es casi imposible hacer nada respecto a estos problemas fundamentales. Pero en relación con los problemas más pequeños, por ejemplo los de nuestra ciudad, o los de nuestro sindicato, o los del grupo local del partido político a que pertenecemos, es posible esperar ejercer con éxito alguna influencia. Se engendraría un estado de ánimo esperanzado, y es lo primordial si queremos encontrar una manera de resolver con éxito los problemas más importantes. La guerra, la escasez y las restricciones económicas, han ocasionado una fatiga casi universal, haciendo que la esperanza parezca superficial e insincera. El éxito, aun cuando al principio sea en pequeña escala, es el

mejor remedio para una disposición de ánimo pesimista y cansada. Y para la mayoría de las personas, el tener éxito significa descomponer nuestros problemas para quedar en libertad de concentrarnos en aquellos que no sean desalentadoramente grandes.

El mundo se ha convertido en la víctima de credos políticos dogmáticos, de los cuales, en nuestro tiempo, los más poderosos son el capitalismo y el comunismo. Yo no creo que, en una forma dogmática y rotunda, ninguno de los dos ofrezca un remedio para los males previsibles. El capitalismo ofrece oportunidades de iniciativa a unos cuantos; el comunismo podría (aunque en realidad no lo hace) proporcionar a todos una especie servil de seguridad. Pero si la gente pudiera librarse por sí misma de la influencia de teorías demasiado simples y de la porfía que engendran, sería posible, por medio del empleo inteligente de la técnica científica, proporcionar, a la vez, oportunidad y seguridad para todos. Desgraciadamente, nuestras teorías políticas son menos inteligentes que nuestra ciencia, y todavía no hemos aprendido a utilizar nuestros conocimientos y nuestra destreza de modo que contribuyan más eficazmente a hacer la vida feliz e incluso gloriosa. No es sólo la experiencia y el temor a la guerra lo que oprime a la humanidad, aunque quizás sea éste el más grave de todos los males de nuestra época. Nos oprimen también las poderosas fuerzas impersonales que gobiernan nuestra vida diaria, que si no esclavos conforme a la ley, nos hacen todavía esclavos de las circunstancias. No tiene por qué ser así, pues sucede a causa del culto a falsos dioses. Los hombres enérgicos han preferido rendir

culto al poder en lugar de la simple felicidad y benevolencia; los hombres de menos energías se han sometido, o se han dejado engañar por un diagnóstico equivocado de las fuentes de preocupación.

Desde que la humanidad inventó la esclavitud, los poderosos han creído que podían lograr su felicidad por medios que significan la desgracia de otros. Poco a poco, con el desarrollo de la democracia y con la aplicación, muy reciente, de la ética cristiana a la política y a la economía, ha empezado a prevalecer un ideal mejor que el de los dueños de esclavos, y ahora se reconocen las demandas de la justicia como nunca se han reconocido. Pero al tratar de encontrar justicia por medio de sistemas complejos, hemos estado en peligro de olvidar que la justicia sola no es bastante. Las alegrías diarias, las temporadas de olvido de las preocupaciones, la aventura y la oportunidad para actividades creadoras, son, por lo menos, tan importantes como la justicia para proporcionar una vida que los hombres sienten que vale la pena vivir. La monotonía puede ser más anonadadora que la alternativa de dolor y de placer. Los hombres que deciden las reformas administrativas y los planes para el mejoramiento social son, por lo general, hombres de edad, hombres graves, que olvidan con demasiada frecuencia que para ser feliz la mayor parte de las personas necesita, no sólo la espontaneidad, sino alguna especie de orgullo personal. El orgullo de un gran conquistador no es un orgullo que encaje en un mundo bien organizado, pero el orgullo de un artista, el de un descubridor, el del hombre que ha transformado un desierto en un jardín o que ha llevado la feli-

cidad donde, a no ser por él, hubiera reinado la miseria, es un orgullo bueno, y nuestro sistema social debería procurar que esto fuera posible, no sólo para unos pocos, sino para todos los hombres.

Los instintos que antaño impulsaban a nuestros antepasados salvajes a la caza y a la guerra, reclaman un escape; si no encuentran otro mejor, nos conducirán al odio y a la malignidad reprimidas. Pero existen escapes para estos instintos que no son perjudiciales. Puede sustituirse el combate con la emulación y el deporte activo; la caza, con la alegría de la aventura, los descubrimientos y la creación. No debemos ignorar estos instintos, y tampoco es necesario que los lamentemos; son la fuente no sólo de lo que es malo, sino también de lo que más vale en las realizaciones humanas. Una vez lograda la seguridad, la tarea más importante para los que se preocupan por el bienestar humano será encontrar para estos antiguos y poderosos instintos no simplemente represiones o escapes que conduzcan a la destrucción, sino todos los derivativos posibles que proporcionen satisfacción, orgullo y esplendor a la vida.

A través de todas las edades del desarrollo humano, los hombres han padecido dos clases de desgracias: las impuestas por la naturaleza externa y las que ellos mismos se infligen estúpidamente unos a otros. En un principio, los males peores fueron, indudablemente, los causados por el medio ambiente. El hombre era una especie escasa de supervivencia precaria. Sin contar con la agilidad del mono, sin estar cubierto de pelo, le era difícil librarse de las bestias feroces, y en la mayoría de las regiones del mundo no podía so-

portar el frío del invierno. Contaba sólo con dos ventajas biológicas: la postura erguida, que le dejaba libres las manos y la inteligencia, que le permitía trasmitir la experiencia. Poco a poco estas dos ventajas le dieron la supremacía. El número de la especie humana fue muy pronto superior al de cualquier otro mamífero de gran tamaño. Pero la naturaleza todavía podía afirmar su poder por medio de inundaciones, del hambre y de las pestes e imponiendo a la mayor parte un trabajo incesante para ganarse el pan de cada día.

En nuestros tiempos, como resultado del desarrollo de la inteligencia científica, disminuye rápidamente nuestra dependencia de la naturaleza externa. Hay todavía hambres y pestes, pero cada año sabemos más respecto a lo que es necesario hacer para remediarlas. Todavía es necesario trabajar duro, pero sólo debido a nuestra insensatez, pues si hubiera paz y cooperación podríamos subsistir con un esfuerzo moderado. Gracias a las técnicas modernas, podremos, en cuanto nos decidamos a obrar con cordura, libertarnos de muchas formas antiguas de esclavitud a la naturaleza externa.

Pero los males que los hombres se infligen unos a otros no han disminuido en el mismo grado. Todavía hay guerras, opresiones y crueldades odiosas, y hombres voraces continúan arrebatando la riqueza a los que son menos habilidosos o menos despiadados que ellos. El afán de poder aún incita a crear tiranías sobre vastos territorios o a provocar simples obstrucciones en los casos en que es imposible establecer formas de opresión más abiertas. Y el temor —el te-

mor hondo, apenas consciente— continúa siendo el móvil dominante en la vida del hombre.

Todo es innecesario; no hay nada en la naturaleza humana que haga inevitables esos males. Deseo repetir, con el mayor énfasis posible, que estoy en completo desacuerdo con aquellos que, a causa de nuestros impulsos combativos, infieren que la naturaleza humana exige la guerra y otras formas destructoras de conflicto. Creo firmemente lo contrario. Sostengo que los impulsos combativos deben desempeñar un papel esencial y que sus formas nocivas pueden aminorarse enormemente.

Cuando no se tema la pobreza, el deseo codicioso de posesión no estará tan extendido. El afán de poder puede satisfacerse en muchas formas que no perjudiquen a nadie: por el dominio de la naturaleza que resulta de descubrimientos e invenciones, por medio de la producción de libros admirados u obras de arte, y por una actividad persuasiva que tenga éxito. La energía y el deseo de ser eficaz son provechosos si pueden encontrar la salida adecuada y perjudiciales si no lo consiguen, como el vapor que puede hacer andar una locomotora o hacer estallar la caldera.

Nuestra emancipación de la servidumbre a la naturaleza hace posible un grado de bienestar humano mucho mayor del que jamás ha existido hasta ahora. Pero si ha de realizarse esta posibilidad, debe haber libertad de iniciativa en todo aquello que no sea positivamente perjudicial, y estímulo para aquellas formas que enriquecen la vida del hombre. No crearemos un mundo bueno tratando de hacer a los hombres mansos y tímidos, sino estimulándoles a ser

atrevidos y aventureros y valientes, salvo en todo lo que perjudique al prójimo. En el mundo en que nos encontramos, las posibilidades de bien son casi ilimitadas, y las posibilidades de mal no lo son menos. Nuestra zozobra actual se debe, más que a ninguna otra cosa, a que hemos aprendido a comprender y dominar hasta un grado aterrador las fuerzas naturales fuera de nosotros, pero no las que están contenidas en nosotros mismos. El autodominio ha sido siempre uno de los lemas de los moralistas, pero en el pasado se ha tratado de un dominio sin comprensión. En este libro he perseguido una comprensión más amplia de las necesidades humanas de la que posee la mayoría de los políticos y economistas, porque sólo por medio de semejante comprensión podemos encontrar el camino para la realización de aquellas esperanzas que, aunque todavía se ven frustradas en su mayor parte por nuestra insensatez, están a nuestro alcance gracias a nuestra técnica.

ÍNDICE

Nota preliminar 7

I. La cohesión social y la naturaleza humana 9

II. La cohesión social y el Gobierno 25

III. La función de la individualidad 44

IV. El conflicto entre la técnica y la naturaleza humana 61

V. La intervención y la iniciativa: sus esferas respectivas 86

VI. Ética del individuo y ética social 106

Este libro se acabó de imprimir el día 29 de septiembre de 1973 en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S. A., Sevilla 109; y se encuadernó en Encuadernación Progreso, S. A. Municipio Libre 188, México 13, D. F. Se tiraron 20 000 ejemplares.